



CAPÍTULO 3

.....

LAS CIENCIAS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA: LA IMPOSIBILIDAD DE UN CAMPO ACADÉMICO

.....

Jorge Humberto Ruiz Patiño

Docente TC-ECSAH

 0000-0003-2512-3798



RESUMEN

El artículo presenta una reflexión sobre el proceso de constitución de las ciencias sociales latinoamericanas en las condiciones actuales de producción de conocimiento. Se aborda el modo como se han configurado las ciencias sociales en América Latina a partir de las preguntas y problemas centrales que se plantean, la definición de sus objetos de observación y las tensiones en los procesos contemporáneos de institucionalización. Tres preguntas orientan la argumentación general: 1. ¿Cuál puede ser la noción articuladora de las ciencias sociales en la actualidad? 2. ¿Cómo está constituido hoy el campo de observación de las ciencias sociales latinoamericanas? 3. ¿Cuál es la zona de convergencia que en la actualidad permitiría reinstitucionalizar las ciencias sociales latinoamericanas? Para responder las preguntas se realizó un análisis documental a partir de una selección de documentos que de forma indicativa permiten obtener una imagen cercana del campo actual de las ciencias sociales en América Latina. Se concluye que las ciencias sociales en América Latina se caracterizan por la inexistencia de una única noción articuladora, un campo de observación definido por la relación acción colectiva-régimen político-modelo económico, y por la necesidad de buscar áreas de convergencia múltiples que excedan al Estado como actor central.

Palabras clave: ciencias sociales, teoría social, América Latina.

ABSTRACT

The article presents a reflection on the process of constitution of a Latin American social science in the current conditions of knowledge production. The way in which the social sciences in Latin America have been configured is addressed based on the central questions and problems that have been raised, the definition of their objects of observation and the tensions in contemporary institutionalization processes. Three questions guide the general argument: 1. What can be the articulating notion of the social sciences today? 2. How is the field of observation of the Latin American social sciences constituted today? 3. What is the area of convergence that would currently allow the reinstitutionalization of the Latin American social sciences? To answer the questions, a documentary analysis was carried out from a selection of documents that, in an indicative way, allows to obtain a close image of the current field of social sciences in Latin America. It is concluded that the social sciences in Latin America are characterized by the inexistence of a single articulating notion, a field of observation defined by the relationship collective action-political regime-economic model, and by the need to seek multiple areas of convergence that exceed the State as a central actor.

Keywords: social sciences, social theory, Latinamerica.

INTRODUCCIÓN

Las siguientes líneas buscan responder al interrogante acerca de la posibilidad de una ciencia social latinoamericana en las condiciones actuales de producción de conocimiento, caracterizadas por la existencia de redes de circulación transcontinental de información, la constitución de campos académicos que trabajan sobre América Latina en distintos territorios del planeta y la implementación de estándares homogéneos de arbitraje y medición de la producción académica.

Los resultados y la discusión del texto están distribuidos en tres apartados. El primero, titulado “Preguntas, problemas y nociones” trata sobre las dificultades actuales de construir nociones comunes que integren los esfuerzos de los investigadores en ciencias sociales. Allí las ideas de *concepto límite* y de *noción articuladora* dan forma a los argumentos. La revisión histórica de dichos conceptos en distintas etapas de las ciencias sociales latinoamericanas constituye el hilo conductor de la argumentación. La pregunta central en esta parte es: ¿Cuál puede ser la noción articuladora de las ciencias sociales en la actualidad?

En el segundo apartado, “El campo de observación de las ciencias sociales en América Latina”, se realiza una revisión histórica de las tendencias teóricas más representativas en cada etapa de las ciencias sociales latinoamericanas; como en el apartado anterior ella constituye el conducto argumentativo. La idea de *campo de observación*, definida como la relación entre límites interiores y exteriores epistémicos que condicionan la mirada de las ciencias sociales en relación con su objeto de indagación constituye el núcleo de la argumentación en esta parte. La pregunta orientadora acá es la siguiente: ¿Cómo está constituido hoy el campo de observación de las ciencias sociales latinoamericanas?

En la tercera y última parte, titulada “Reinstitucionalizar las ciencias sociales, la idea de área de convergencia” permite identificar las posibilidades de rearticular las ciencias sociales hoy con distintos actores sociales y políticos. La tesis que subyace a este apartado consiste en que en la actualidad las ciencias sociales se encuentran en un proceso de reinstitucionalización que debe ser plural y no centrado en un actor específico. El hilo de la argumentación está basado en la constatación de la desestructuración del área de convergencia a partir de la cual se habían institucionalizado las ciencias sociales en América Latina comenzando la segunda mitad del siglo XX. La pregunta que detona la argumentación es: ¿Cuál es la zona de convergencia que en la actualidad permitiría reinstitucionalizar las ciencias sociales latinoamericanas?

3.1 METODOLOGÍA

Cada uno de los apartados de este texto se ha realizado mediante el trabajo de análisis documental, en el cual se combinan la inducción y la abducción para definir tópicos y conjeturas que permitan organizar, clasificar y relacionar la información. Los textos con los cuales se trabajó se han seleccionado siguiendo tres criterios específicos de contenido: 1) que describan y contextualicen el pensamiento clásico latinoamericano, caracterizado por su estilo ensayístico, especulativo y sin referencias empíricas; 2) que aborden la constitución de las nacientes ciencias latinoamericanas desde mediados del siglo XX y las preguntas centrales de sus representantes; 3) que reflexionen sobre la orientación contemporánea de las ciencias sociales en América Latina en el contexto de diferentes geopolíticas del conocimiento.

A la definición de estos criterios subyace una periodización histórica que orienta la pesquisa sin operar como frontera clasificatoria de los textos, pues dentro de cada uno de ellos pueden coincidir de forma simultánea todos los criterios definidos. Por otro lado, la muestra de documentos seleccionados no es exhaustiva, lo que no podría ser dada la inmensa cantidad de reflexiones que se han desarrollado sobre el pensamiento latinoamericano. De esto modo, la muestra es indicativa y con ella ha sido posible obtener una imagen aproximada de los derroteros y elementos más ilustrativos de la configuración histórica de las ciencias sociales en América Latina.

3.2 RESULTADOS Y DISCUSIÓN

3.2.1 PREGUNTAS, PROBLEMAS Y NOCIONES ARTICULADORAS

Los problemas y preguntas que han constituido históricamente el núcleo del pensamiento y de las ciencias sociales latinoamericanas pueden describirse mediante lo que Manuel Antonio Garretón (2015) ha llamado *conceptos límite*¹. Estos conceptos operan como nociones articuladoras de diversas perspectivas acerca de problemas comunes

1. “[...] las ciencias sociales se abocan al análisis de las sociedades del mundo transformándola en un objeto de estudio, pero además, se ven orientadas bajo un concepto normativo que apunta al horizonte deseable al cual se pretende avanzar. Este concepto, explícita o implícitamente, permitió organizar las prácticas profesionales y académicas en función de un sentido, que denominaremos como concepto límite. El concepto límite es un objeto de estudio sociológico, pero también es la perspectiva o si se prefiere, el horizonte utópico” (Garretón, 2015, p. 5).

o de grandes temas en torno de los cuales gravita la producción teórica y empírica de las ciencias sociales. Garretón ha identificado cuatro conceptos límite de las ciencias sociales latinoamericanas: desarrollo, revolución, derechos humanos y democracia. Una descripción más detallada –y que incorpora los periodos anteriores a la institucionalización de las ciencias sociales– identificaría seis de ellos: orden sociopolítico (para el siglo XIX), nación, desarrollo, democracia, identidad/globalización y modernidad/colonialidad².

Los primeros atisbos de preocupación intelectual en América Latina por lo que hoy llamaríamos estructura social o problemas relacionados con las dinámicas del orden social, se orientaron hacia cuestiones que naturalmente debían emerger en sociedades que transitaban de un orden sociopolítico a otro. La construcción de un orden político poscolonial constituido por instituciones republicanas que permitieran gobernar una población que debía encaminarse hacia la civilización, fue la cuestión fundamental que las élites políticas e intelectuales latinoamericanas de la segunda mitad del siglo XIX buscaron atender (Valdés, 2015)³.

¿Cuáles son las instituciones políticas que fundamentadas en el pensamiento racional y universalista de la civilización europea podrían implementarse con eficacia para asegurar el orden político en las recientes naciones latinoamericanas? Esta sería la pregunta que intentarían responder los intelectuales decimonónicos latinoamericanos a partir de consideraciones de tipo especulativo, que sin estar desprovistas de observaciones empíricas –aunque de carácter espontáneo– produjeron un conocimiento deductivo sobre cada una de las naciones del subcontinente. La estabilidad política, la dinamización de la producción económica y el gobierno/control de la población fueron preocupaciones que las élites intelectuales latinoamericanas buscaron resolver mediante el uso de parejas dicotómicas como federalismo/centralismo, libre comercio/proteccionismo y libertad/orden. En cada nación la adopción de las ideas del romanticismo y del pensamiento de Jeremy Bentham y Herbert Spencer, y en general de la filosofía positivista, tomó versiones diferentes según el entramado político e ideológico de cada territorio. Las tipologías poblacionales y territoriales basadas en consideraciones climáticas (Arias, 2007), siempre permeadas por el código de blancura heredado de la Colonia y por la dicotomía civilización/barbarie (Castro-Gómez, 2005), fueron formas teoréticas que se articularon en torno a la idea de *orden*.

-
2. Esta clasificación se realiza tomando como punto de partida los conceptos límite de Manuel Antonio Garretón y los grandes temas que identifica Danilo Martuccelli (2015) en las ciencias sociales latinoamericanas: desarrollo, dependencia, dictadura, democracia e identidad.
 3. Para el caso colombiano se pueden consultar los textos de Salvador Camacho Roldán (2010) y de Rafael Núñez (2010), en los que se expone las visiones que tenían ellos acerca de los problemas fundamentales de la República.

La pregunta por el orden social, típica del pensamiento decimonónico latinoamericano y entendida como la preocupación por la definición de un conjunto de instituciones políticas idóneas para garantizar la estabilidad política y la construcción de una república, hace un viraje, entrando el siglo XX, hacia preocupaciones profundamente relacionadas con la construcción de la unidad nacional a partir de la incorporación de nuevas capas sociales en el ordenamiento político y social. Este es un periodo en el que no se abandonan las aproximaciones especulativas y deductivas de realidad latinoamericana, pero en el que comienzan a introducirse categorías pertenecientes a sistemas teóricos más refinados que los adoptados durante el siglo XIX. Al llamado racismo científico, que dio forma a las diferentes estrategias eugenésicas en América Latina (Runge y Muñoz, 2005), se sumaron categorías traídas del marxismo y de la sociología de Max Weber, las cuales abrieron posibilidades para interpretaciones que dejaban atrás la asignación de cualidades ontológicas en la explicación de la realidad latinoamericana y se encaminaban hacia la identificación de estructuras y relaciones entre grupos sociales.

En este periodo la intelectualidad transita entre el ensayo especulativo y el uso de categorías de orden científico tomadas deductivamente con el fin obtener una imagen explicativa de la realidad social latinoamericana. La idea de *nación*, entendida como unidad política y cultural de incorporación social a través del Estado, es el concepto límite que define al pensamiento latinoamericano de la época. Es la relación entre Estado y sociedad, en contextos de industrialización y urbanización, es decir, el papel del primero en la construcción de la segunda, el problema principal que afrontan los intelectuales en la primera mitad del siglo XX (Valdés, 2015).

Con la institucionalización de las ciencias sociales en América Latina, que llega a partir de la segunda década del siglo XX, la intelectualidad recoge las preocupaciones del periodo anterior en relación con la incorporación sociopolítica de nuevos sectores sociales y las condiciones de pauperización de los mismos, pero se orienta de forma más decididamente inductiva hacia el análisis de dichas situaciones sumando al uso de marcos teóricos consistentes, derivados fundamentalmente del funcionalismo norteamericano, un empirismo metódico muy distante de aquel empirismo ingenuo característico del siglo XIX y de las primeras décadas del XX. La mirada sobre la realidad latinoamericana se hizo más “sistemáticamente sociológica” (Domingues, 2015) con el uso y construcción de categorías como “modernización”, “populismo” y “desarrollo”, las cuales permitieron obtener una visión más holística de América Latina y menos fragmentada, menos acotada, a cada país del subcontinente.

Es la época de las preocupaciones por el desarrollo nacional, la planificación, el fomento de la industrialización, la baja institucionalidad y la incorporación de los sectores

populares en los marcos institucionales del Estado (Floriani, 2015), todas estas creadas y soportadas en la teoría de la modernización como campo teórico dominante del momento. Estas mismas preocupaciones, pero desde un campo teórico alternativo al funcionalismo –del cual derivaba la teoría de la modernización– fueron interpretadas a través de categorías como “marginalidad”, “colonialismo interno”, “capitalismo periférico” y “dependencia”, nociones que bebían de un marxismo menos especulativo que el de años anteriores y que permitieron la crítica tanto de las políticas de desarrollo en boga como de sus teorías subyacentes. El concepto límite, por tanto, que articula las diferentes perspectivas de las ciencias sociales en pleno periodo de su institucionalización –y del cual recibirá su fuerza y consistencia– es el de *desarrollo*, idea que abarca un conjunto de posturas acerca de las causas de fenómenos como la industrialización precaria, la baja acumulación capitalista, la pauperización de sectores sociales, la urbanización desenfrenada y el desigual acceso a la tierra (Valdés, 2015).

Las preguntas y problemas de la intelectualidad latinoamericana hacen un giro con la irrupción de las dictaduras militares a partir de la década del 70, un desplazamiento de las preocupaciones hasta el momento legítimas que conduce al abandono de los problemas del desarrollo y a la adopción de una mirada centrada en los modelos políticos autoritarios, el ejercicio derechos humanos y las posibilidades de procesos de transición democrática. Esta nueva mirada implicó, según Garretón (2015), la entropía de los esfuerzos de décadas anteriores por construir categorías holísticas sobre los problemas de América Latina, así como la adopción de enfoques intermedios centrados en una sola dimensión de la sociedad: el régimen político (Valdés, 2015).

Durante el periodo de las transiciones democráticas en América Latina, la relación entre Estado y sociedad, que había sido una preocupación central de la intelectualidad latinoamericana, perdió vigencia en medio de la urgente necesidad de consolidar los procesos democráticos, los cuales fueron concebidos desde una perspectiva procedimental que privilegiaba los procesos técnicos y las preferencias de los votantes por encima de los enfoques centrados en la acción colectiva. *Democracia*, entonces, es el concepto límite que expresa las preocupaciones ya nombradas de las ciencias sociales durante el periodo de gobiernos dictatoriales en las naciones latinoamericanas.

En los años 90 la circulación y adopción de teorías y epistemologías críticas de la modernidad dieron un nuevo impulso a las ciencias sociales latinoamericanas, que comenzaron a orientarse hacia los campos de la globalización, la comunicación, la sociología de la cultura y los estudios culturales (Domingues, 2015; Floriani, 2015)⁴. Pero también, a la par de dichas aproximaciones, y en sintonía con el giro a la izquierda de algunos gobiernos latinoamericanos comenzando el siglo XXI, fueron revitalizadas las preocupaciones por los movimientos sociales, la sociedad civil y el Estado des-

4. Al respecto se pueden consultar los textos de Néstor García Canclini, Jesús Martín Barbero y Renato Ortiz.

de perspectivas críticas de los enfoques neoinstitucionalistas (Preciado, 2016). Dichas perspectivas recogieron la impronta de las luchas sociales por el acceso a derechos y por el reconocimiento cultural, y replantearon problemas relacionados con la acción colectiva, los procesos de integración social en la región y la radicalización de la democracia⁵. El concepto límite en este periodo fue el de *identidad*, y expresó un conjunto de problemas relacionados con las desigualdades étnicas y de género, los patrones de familia, la masculinidad, las discriminaciones raciales y sexuales, las demandas de los movimientos sociales emergentes, la regulación de los cuerpos y los intercambios culturales globalizados (Valdés, 2015).

La identidad como concepto límite, como noción articuladora de las ciencias sociales, expresa ya una apertura temática no vista en décadas anteriores. La diversidad de temas que son parte de las preocupaciones de las ciencias sociales en los albores del siglo XXI es resultado, según Danilo Martuccelli (2015), de una creciente profesionalización⁶ y de una dislocación entre los objetivos de la acción política y los intereses de las ciencias sociales:

La profesionalidad creciente de la sociología sobre la región a la que ya hemos hecho referencia, ejerce en este punto [...] una influencia virtuosa: la sociología puede abordar sin tapujos y desembarazada de toda sospecha de insignificancia (por falta de legitimidad política), todos los ámbitos de la vida social. Es un aporte fresco y significativo, y una prueba, por si ello fuera necesario, de los estímulos que legítimamente se pueden esperar de una apertura intelectual a lo internacional. (p. 24)

Esta situación contrasta con la unidad temática de periodos anteriores y enseñaría la dificultad de caracterizar las ciencias sociales contemporáneas por temáticas comunes o por conceptos límite. Sin embargo, Martuccelli (2015) no ve en ello un problema, pues la diversidad de temas y problemas, argumenta, se convertiría en el “nuevo eje” de las ciencias sociales en la región:

La diversidad temática refleja, por el contrario, la toma de conciencia –para muchos es una verdadera declaración de independencia– de que la sociología sobre América Latina debe y puede incursionar en áreas y temáticas irreductibles a la política. Una perspectiva que implica estudiar “nuevos” actores desde “nuevas” problemáticas –en todo caso, distintos a aquellos que fueron considerados tradicionalmente como legítimos–. (p. 23)

5. Entre los representantes de esta tendencia se encuentran Raúl Zibechi, Emir Sader y Ernesto Laclau.

6. Martuccelli (2015) entiende por profesionalización el aumento de los estándares de calidad dentro de una disciplina específica.

Sin embargo, este nuevo eje articulador tiene como correlato la escasez de producción teórica en los científicos sociales latinoamericanos (Domingues, 2015; Garretón, 2015; Martuccelli, 2015), lo que desde el punto de vista de Garretón implica la ausencia de conceptos límite y, por tanto, de preguntas y problemas relacionados con ellos. Dicha falta de teorización es el resultado, según Garretón, de la misma dislocación que identifica Martuccelli entre acción política y ciencias sociales, solo que el anterior, a diferencia de este último, considera esta situación un problema más que una ventaja:

La vocación científica ha sido desprendida de la vocación intelectual, lo que en consecuencia permite obtener ciertos conocimientos parciales de lo social, pero no necesariamente comprenderlo. A su vez la vocación crítico intelectual desprendida de la científica y profesional, tiende a convertirse en una pura retórica testimonial. Del mismo modo, así como la vocación intelectual o crítica ha sido desprendida de la vocación científica, la dimensión profesional separada de la dimensión científica deviene en pura técnica instrumental, lo que se torna eficiente para realizar cosas, sin conocer su real “sentido mentado”. (Garretón, 2015, p. 2)

Si durante periodos anteriores los conceptos límite (teorización) fueron el resultado de certezas acerca de lo que se concebía y deseaba como sociedad, y de lo que era necesario hacer e intervenir para alcanzar dicho ideal, dice Garretón, en la situación actual se presenta un panorama en el que dichas certezas no aparecen a pesar de la amplia profesionalización y metodización/tecnificación en el análisis de problemas: no hay un diagnóstico claro de lo que es la sociedad así como tampoco un ideal de ella, lo que afecta los esfuerzos teóricos por comprenderla. Y esto porque la unidad de análisis sobre la cual recaían la acción política y la teorización de manera conjunta en la forma de conceptos límite, aquella unidad llamada Estado nacional, se desarticuló con la globalización y la desorientación, en consecuencia, de los científicos sociales (Garretón, 2015).

La alternativa a esta situación, continúa Garretón (2015), está en la capacidad que tengan los intelectuales para enmarcar sus preguntas dentro de horizontes éticos, es decir, en la reconciliación de teoría y acción política como una forma de reconstruir las relaciones prácticas entre Estado y sociedad, entre políticas públicas y sociedad deseada. Pero esta reconstrucción debe hacerse sobre bases nuevas, diferentes a las del pasado, reconociendo la existencia de una tensión entre ciudadanías individuales y colectivas (movimientos sociales), cada una con representaciones particulares del mundo, tensión que solamente podría resolverse mediante la individualización de los

problemas societales y la socialización de los problemas individuales, o lo que es igual, la ciudadanización de la política y la politización de la ciudadanía⁷.

Para Restrepo (2015) la repolitización de las ciencias sociales es uno de los retos principales de los pensadores latinoamericanos. Con el delirio por el productivismo académico regulado por mecanismos de mercado, dice este antropólogo, los científicos sociales se ven sometidos (en muchos casos con aquiescencia) a un sistema de recompensas basado en indicadores de productividad de corto plazo, cuyo resultado es el mismo expresado por Garretón, a saber, la orientación de los académicos hacia temas y conceptos desprovistos de ropajes éticos. La investigación acelerada y de corto plazo coloca a los horizontes utópicos en un segundo plano poco atractivo –desde el punto de vista práctico– para quienes están dedicados a la academia. Frente a esta situación, dice Restrepo (2015), el gran reto es una “transformación de la imaginación teórica e histórica que articule la labor de las ciencias sociales a producir, compartir y contrastar conocimientos críticamente contextuales y relevantes políticamente” (p. 107).

Martuccelli (2015), sin referirse directamente a la situación identificada por Garretón y Restrepo, da pistas para profundizar un poco más en ella. Dice el sociólogo que el espacio de producción académica en América Latina, debido a los múltiples perfiles de investigadores que transitan de un espacio continental a otro por las exigencias que implica la alta profesionalización⁸, especialización y competencia, ha dejado de tener como referente la idea de una América Latina como entidad ontológica opuesta a aquella denominada Occidente, lo que ha conducido a que el intercambio académico se desarrolle en torno a intereses sobre temáticas nacionales más que subcontinentales⁹. La noción de América Latina, con el trasfondo ético que tiene históricamente, se ha difuminado por la alta movilidad transcontinental de los académicos latinoamericanos.

-
7. Sobre este aspecto, Garretón (2015) afirma lo siguiente: “Entre estos dos extremos, la pregunta necesaria por el tipo de sociedad que se quiere conlleva otro problema que tiene que ver con la relación con los actores y sujetos. ¿Con qué autoridad pueden las ciencias sociales criticar radical o globalmente una sociedad o actores, por ejemplo, consumistas, aspiracionales, adictos a los *malls* y *reality shows*, en que la mayoría reclama la extensión de consumo alienador o destructivo del medio ambiente? ¿Deben o no estas disciplinas expresar sólo los problemas que siente la gente y sus demandas o deben también someterla a la crítica desde la perspectiva de otro tipo de sociedad y ello en nombre de qué principio ajeno a la vida cotidiana de esa gente que se impone autoritativamente?” (p. 3).
 8. Martuccelli (2015) identifica seis perfiles de investigadores: 1) los formados en el exterior, 2) los formados en el país, 3) los emigrantes, 4) los fronterizos, es decir, aquellos que trabajan en un país de la región distinto del que nacieron, 5) los inmigrantes, y 6) los foráneos.
 9. “En los unos, entre los fronterizos, porque la diferencia entre los países de América Latina deviene sustancial a medida que, por lo menos, dos experiencias nacionales son objeto, por ejemplo, de investigaciones exigentes. En los otros, sobre todo los emigrantes –en parte los inmigrantes–, porque la inserción profesional en el Norte o en el Sur, y sobre todo la realización de indagaciones empíricas en los nuevos países de residencia, permite romper con la imagen estereotipada de las sociedades centrales y modernas. En breve: para estos perfiles de investigadores tanto «América Latina» como el «Norte» dejan de ser nociones inocentes e ingenuas. Se trata de un proceso de liberación de dos imágenes especulares” (Martuccelli, 2015, p. 25).

Por otro lado, dice Martuccelli (2015), las condiciones de producción académica, a saber, la necesidad de intercambios intercontinentales y el uso del idioma inglés como lengua legítima de comunicación entre investigadores, conduce a que estos últimos dirijan los resultados de sus pesquisas hacia un público lector que es interpelado en términos académicos más que políticos¹⁰. Dicho público no son las sociedades nacionales politizadas –como en el caso de los teóricos de la dependencia o la democratización–, sino la misma comunidad de investigadores que comparten temáticas y problemas sobre un país determinado. Eso significa que la sociedad ha perdido la capacidad, a través de sus investigadores, de realizarse preguntas pertinentes y que la producción de conocimiento se muestra como una academia de *enclave* que define temas y plantea problemas sobre un país latinoamericano desde una “exterioridad radical”, es decir, desconectada de la sociedad sobre la cual habla, o lo que es igual, observando la sociedad sin interpelarla.

La cuestión de una noción articuladora de las ciencias sociales en América Latina, retomando lo comentado hasta ahora, se presenta como una tensión entre una gran diversidad temática y las posibilidades de politizar la misma. Pero politizar no debe significar reducir dicha diversidad con el fin de encontrar derroteros comunes, sino buscar el vínculo entre cada uno de los campos temáticos y las preguntas que puedan interpelar a la sociedad, es decir, buscar de qué manera cada campo puede estar relacionado con visiones específicas del mundo y de la vida. La noción articuladora, aquella que pueda procurar una mayor integración de las ciencias sociales en América Latina, tendrá que consistir, más que en conceptos límite, en una estrategia que procure el diálogo con distintos sectores de la sociedad según el campo temático, una politización, entonces, que no esté centrada solamente en la relación Estado/sociedad, sino en la articulación compleja entre políticas públicas, formas particulares de vida y comunidades académicas.

Lo anterior, por supuesto, presenta un par de obstáculos. El primero de ellos, tomando las palabras de Restrepo (2015), es el modelo gerencial actual de las universidades latinoamericanas, que privilegia la rentabilidad por encima de las visiones estratégicas sociopolíticas y, de paso, supedita las prácticas de investigación a la necesidad de gestión de recursos con las implicaciones que esto acarrea respecto a la autonomía de las comunidades académicas. Sobre esto, dice:

De una idea de universidad articulada por la función ético y política humanista de devenir en instancia para la reflexión crítica y autónoma de la

10. “Las consecuencias del uso del inglés –vehículo por lo demás indispensable de la comunicación científica en el mundo de hoy– deben entenderse en este marco: el recurso cada vez más exclusivo, y no esporádico, al inglés en la producción de las ciencias sociales sella, incluso simbólicamente, el divorcio entre una parte de la producción de la sociología y los debates nacionales” (Martuccelli, 2015, p. 13).

sociedad, se ha ido naturalizando una noción de universidad orientada por una racionalidad instrumental tendiente a producir los tecnócratas y expertos que requiere el mercado y el Estado. (p. 105)

Dentro de lo anterior se incluye la medición de calidad estandarizada de la producción académica, basada en el número de artículos publicados en revistas indexadas y reconocidas, cuyos indicadores de arbitraje, definidos desde el mundo anglosajón, expresan una geopolítica del conocimiento que homogeniza y hegemoniza lenguajes, prácticas y modalidades de argumentación (Restrepo, 2015; Valdés, 2015). La búsqueda de reconocimiento simbólico por parte los investigadores, la adopción estratégica de dichos lenguajes y prácticas, conduce al vaciamiento ético de la producción académica, del cual ya se ha comentado suficientemente hasta acá.

El segundo obstáculo es el perfil de los investigadores de las ciencias sociales. Ya se comentó cómo la conformación de campos intelectuales autoreferenciados y desconectados de las preguntas que la sociedad pueda hacerse sobre sí misma, conduce a la imposibilidad de construir una noción articuladora acerca de América Latina, sea esta una temática o un concepto límite. A esto se suma la brecha entre el campo intelectual formado en el extranjero (los *Latin American Studies*) y la producción fragmentada, no constituida como campo, desde América Latina. Las prácticas autocontenidas de conocimiento entre cada uno de estos lugares de producción (Martuccelli, 2015), aparte de conducir a visiones diferentes y distantes sobre el subcontinente, impiden la circulación e integración entre ellos.

La cuestión, entonces, queda abierta: ¿Es importante repolitizar las ciencias sociales en América Latina? ¿Cómo hacerlo? ¿De qué manera construir una nueva integración entre ciencias sociales y sociedad(es)? ¿Cómo articular dicha politización con la diversidad temática y de campos académicos que observan a Latinoamérica desde la extranjería? ¿Cómo hacer circular el conocimiento entre todos esos campos? Estas y otras preguntas deben ser abordadas si se quiere recuperar el lugar que las ciencias sociales tuvieron en décadas pasadas.

3.2.2 EL CAMPO DE OBSERVACIÓN DE LAS CIENCIAS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA

Martuccelli (2014) plantea que toda teoría social se expresa como un extrañamiento con relación a una situación que ha dejado de ser y cuya nueva forma requiere ser asida mediante nuevas categorías del pensamiento. La modernidad, nueva forma social a la que se enfrenta el pensamiento social, su objeto, se manifiesta como un conjunto

de elementos que dan al traste con una organización específica de las cosas y que derrumba no solo certidumbres epistemológicas, sino también ontológicas¹¹. La teoría social se describe como un proceso de observación –a veces melancólico– en el que angustiosamente se buscan las claves de comprensión de las nuevas incertidumbres¹². Es por esta razón que el núcleo de toda teoría social consiste en la pregunta por el carácter de la acción, del cambio y del orden social (Alexander, 2008; Joas y Knöbl, 2016).

¿Puede el pensamiento y la teoría social latinoamericana incluirse en esta definición? ¿Se insertan en un campo de observación del cambio de un orden social específico? ¿Corresponden a la angustiada necesidad de comprender nuevas formas sociales? La teoría social occidental se formó dentro de un *campo de observación* caracterizado por una mirada realizada *desde adentro*, hecha por la intelectualidad europea sobre su propia realidad social y sobre un proceso de cambio percibido desde una *interioridad*. Por el contrario, el pensamiento social y la teoría social latinoamericana se tejieron a partir de una mirada realizada por los intelectuales desde una *exterioridad liminal*, desde un afuera epistémico que obturó la observación de las configuraciones propias de la realidad latinoamericana y las definió como algo extraño, como un conglomerado de elementos distanciados ontológicamente de la episteme desde el cual eran pensados. Así, el pensamiento latinoamericano no se gestó a partir de la observación de configuraciones en crisis para encontrar nuevas certezas (a pesar del derrumbe del régimen colonial), sino de la observación de configuraciones extrañas que debían ser modificadas de acuerdo con unas certezas ya establecidas en el pensamiento europeo.

En este apartado se afirma que el campo de observación de las ciencias sociales en América Latina, en relación con la construcción de teoría, está definido por movimientos reflexivos de la intelectualidad latinoamericana en diferentes direcciones respecto a la relación entre su objeto de análisis y las categorías con las cuales lo observa. Así, en la historia del pensamiento latinoamericano dicha relación se manifiesta como una progresiva búsqueda de un objeto más propio, menos extraño, y como fuerza centrípeta que tiende a distanciar la construcción teórica de la episteme moderna de occidente. La relación de extrañamiento entre realidad y teoría tiende a comportarse como una relación de identidad, mientras los límites fijados a la mirada desde la exterioridad y la interioridad se difuminan sin perder totalmente su frontera.

11. “La conciencia histórica de la modernidad surge allí donde el orden del mundo pasado se desmorona y donde el orden del porvenir no se hace aún evidente” (Martuccelli, 2014, p. 22).

12. “Toda sociología puede analizarse, a la vez, como el esfuerzo intelectual que apunta a unir lo que se separa, a dotar de una unidad a lo que se fragmenta, y como la conciencia desdichada de la imposibilidad de lograrlo” (Martuccelli, 2014, p. 23).

El pensamiento decimonónico.

El pensamiento decimonónico latinoamericano se formó en un campo de observación cuya composición estuvo definida por un profundo extrañamiento respecto a la realidad social, así como por una marcada identidad en relación con las categorías epistémicas del pensamiento europeo. Una mirada desde el límite de la exterioridad fue característica de los pensadores latinoamericanos durante el siglo XIX, quienes se encontraron con el angustiante dilema de reflexionar sobre hechos políticos y sociales que no se correspondían con las formas de pensamiento heredadas por ellos¹³. Dicho dilema –o dicha exterioridad– es lo que plantea Garretón (2015) al afirmar que “en el pensamiento social latinoamericano, siempre hubo permanente tensión entre el principio de universalidad de las ciencias, característica esencial de las ciencias sociales modernas, y la particularidad de los procesos sociales y políticos propios de las sociedades latinoamericanas” (p. 9). Esa distancia entre universalidad y particularidad fue lo que produjo el extrañamiento que atravesó la mirada de los pensadores latinoamericanos decimonónicos.

Las respuestas a la preocupación por el orden social –independientemente de la orientación que tomaron aquellas– tuvieron la impronta de una mirada sobre la realidad latinoamericana que se constituyó a partir de un campo de observación definido desde relaciones coloniales de alteridad. Una mirada doble, puede decirse, fue la que realizaron los intelectuales latinoamericanos, en primer lugar, como observadores de una realidad social distante tanto de la civilización occidental –lugar de referencia epistémico– como de sus valores y principios ideológicos, y en segundo lugar, como auto observadores de su posición marginal en el mundo civilizado, dualidad aquella que condujo a interpretaciones basadas en consideraciones universalistas hipostasias del pensamiento europeo, pero siempre revisadas bajo el filtro de las particularidades concretas de la realidad latinoamericana (Garretón, 2015). Este doble carácter, el reconocimiento de la diferencia latinoamericana frente a la civilización europea y la dependencia epistémica con relación al pensamiento europeo, parece ser una marca de largo plazo en la configuración del pensamiento social latinoamericano.

Aunque la adopción de posturas filosóficas europeas no se produjo de manera mecánica, sino que se imbricó con la aguda observación de los distintos procesos sociopolíticos en América Latina por parte de la élite intelectual, los modos de apropiación (y circulación) de aquellas tendencias como el romanticismo, el utilitarismo y el positi-

13. Desde otro punto de vista, Simón Bolívar expresaría en la Carta de Jamaica un dilema similar: “No somos ni indios, ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así nos encontramos en el dilema más extraordinario y vergonzoso” (Rojas, 2001, p. 43).

vismo estuvieron condicionados por la configuración del campo de observación en el que se encontraban inmersos los intelectuales latinoamericanos. Fue una mirada situada en el mundo civilizado la que aquellos realizaron sobre las formaciones sociales y políticas de las nacientes repúblicas, razón por la cual sus interpretaciones no fueron completamente auténticas.

Si bien los pensadores latinoamericanos tomaron del romanticismo europeo la idea de explorar y descubrir la personalidad auténtica de las naciones, en el contexto de las cruentas guerras civiles y la inestabilidad política del siglo XIX los preceptos de orden y progreso constituyeron la principal rejilla de interpretación de la realidad latinoamericana (Pena, 2011). El caos social y político y el estancamiento económico fueron explicados como el resultado de fuerzas sociales negativas que debían ser eliminadas o transformadas con el objetivo de lograr la tan anhelada estabilidad. Con distintos matices, en cada país del subcontinente la herencia hispánica y el carácter de las poblaciones indígenas y afrodescendientes fueron identificados como causas de los males que aquejaban a las naciones latinoamericanas. El carácter autóctono de las naciones, por tanto, no fue posible buscarlo en la revaloración del pasado, como pretendía el romanticismo europeo, sino que debió ser construido a partir de la modificación de lo existente con base en instituciones republicanas consistentes y en sistemas educativos que permitieran pasar de un estado de estancamiento a una constante situación de perfectibilidad humana:

Lejos de aceptar pasivamente el presente que la historia había forjado, [los pensadores latinoamericanos] se erigieron frente a él en actitud reconstructiva y de revisión, conforme a un ideal de lo que los países debían ser. En una clara reelaboración de los principios del romanticismo europeo, la realidad era un dato del conocimiento para dar mayor eficacia a la acción transformadora. (Pena, 2011, p. 198)

De Domingo Sarmiento a Rafael Núñez, “los románticos latinoamericanos estaban empeñados en destruir la vida dominada por la naturaleza en la soledad rural, acabar con la barbarie e imponer el reinado de la civilización” (Pena, 2011, p. 197). Barbarie y civilización, sin embargo, podían presentar matices diferentes según los países. En Argentina, por ejemplo, los legados indígena y español fueron apartados de la narrativa nacional (que incorporó el carácter del gaucho como punto de partida), en México y Perú el pasado indígena tuvo un lugar importante en el ideario nacional, mientras en Colombia la herencia hispana fue revalorada a partir de sus rasgos civilizadores (Jaramillo, 2001). En todo caso, por más que el romanticismo latinoamericano se expresara como una transculturación del romanticismo europeo y como una adaptación de esas

ideas a las condiciones locales (Pratt, 2010)¹⁴, circuló siempre en torno a las categorías de civilización, orden, libertad y progreso:

Los románticos no fueron pensadores absolutamente originales ni pretendieron serlo [...] Se debatieron entre varias tensiones, como lo fue que, formados en los principios del liberalismo, estaban incapacitados para aceptar una realidad que lo negara, por mucho que fuera resultado del tan proclamado modo de ser de un pueblo. (Pena, 2011, p. 202)

Lo dicho sobre el romanticismo también puede decirse de la adopción y circulación del positivismo entre los pensadores latinoamericanos, ya sea en su versión *comteana* o *spenceriana*. Menos orientado hacia el pasado y a la búsqueda de una esencia nacional, el positivismo latinoamericano compartió con el romanticismo la convicción de que los males de las sociedades latinoamericanas se explicaban por un conjunto de caracteres negativos que eran constitutivos de la población, cuya eliminación o transformación permitiría superarlos. La diferencia entre una y otra postura filosófica se encontraba en que para el positivismo eran la ciencia, la técnica, la industrialización y una educación orientada hacia el conocimiento útil los medios más adecuados para construir un nuevo ser americano liberado de los lastres del colonialismo (Magallón y Escalante, 2011).

En la versión derivada de Herbert Spencer –que fue la de mayor arraigo en América Latina–, el positivismo latinoamericano hizo suya una concepción evolucionista de las sociedades que negó a las poblaciones americanas la capacidad de autodeterminación y entregó a los grupos dirigentes, a quienes se consideraba poseedores de un *ethos* civilizado, la función de gobierno y dirección política hacia las metas del progreso. Así, Justo Sierra, en México, consideraba a la población indígena la menos apta (y la de menos cualidades) entre todos los sectores de la población para realizar la tarea de sacar al país del atraso y la inestabilidad. En Argentina, un poco tardíamente, José Ingenieros hablaría del rechazo innato de las masas al progreso y de la idoneidad de los sectores ilustrados para dirigir a la nación (Magallón y Escalante, 2011). Y en Colombia, José María Samper hacía suya la diferenciación entre “razas” sajonas y latinas para explicar el atraso económico y los males sociales que aquejaban a la nación colombiana (Jaramillo, 2001), mientras Salvador Camacho Roldán identificaba a la educación (la ciencia) como el elemento racional que mejoraría los problemas de la raza y reemplazaría a la religión como factor de integración nacional (Restrepo, 2002).

14. “Sin embargo, interpretaríamos muy mal las relaciones criollas con la metrópoli europea si pensáramos en la estética criolla como una simple imitación o una reproducción mecánica de los discursos europeos [...]. Mucho más correcto será pensar en las representaciones criollas como una *transculturación* de materiales europeos, que eran seleccionados y desplegados en una forma que no reproducía simplemente las visiones hegemónicas de Europa ni tampoco legitimaba, simplemente, los designios del capitalismo europeo” (Pratt, 2010, pp. 341-342).

Aunque autores como Guadarrama (2008a) comentan que la versión latinoamericana del positivismo fue “una incorporación y recepción creadora con profundos elementos originales” (p. 330), y que el enfoque evolucionista se intercalaba con concepciones que revelaban aspectos de los sectores indígenas, afrodescendientes y populares, no puede desconocerse que la fuerza con que se presentan las ideas de progreso, técnica y conocimiento útil en los pensadores latinoamericanos sitúa sus observaciones en una exterioridad que hace imaginar las configuraciones sociopolíticas propias como cuerpos extraños desconectados de la teleología moderna occidental: “Este discurso se enmarcó dentro de un profundo eurocentrismo; su ideal de liberarse de lo que llamaban «colonial», llevaba a un nuevo encadenamiento hacía lo que definían como «moderno»” (Magallón y Escalante, 2011, p. 222).

La crítica al positivismo y los primeros marxismos.

La reacción al positivismo estuvo encarnada en pensadores como José Antonio Rodó, Alejandro Korn, Antonio Caso y José Vasconcelos. La tendencia antipositivista en América Latina, como fue llamada, se opuso al exceso de racionalismo, cientificismo, evolucionismo y tecnificación en la explicación de la realidad social, y se orientó hacia una concepción que dio prioridad a las intuiciones, emociones y otras formas de la conciencia en la comprensión del devenir histórico y cultural latinoamericano. Este giro en el pensamiento latinoamericano constituyó un impulso hacia la exploración de lenguajes y formas propias, más auténticas y creativas, respecto a las posturas positivistas (Silva, 2011). Desde la idea de libertad creadora de Alejandro Korn hasta el vitalismo cósmico de José Vasconcelos, el antipositivismo modificó la configuración del campo de observación de la intelectualidad latinoamericana, pues la reflexión sobre los procesos de la conciencia condujo a una relación con el objeto (la realidad latinoamericana) que se distanció del extrañamiento característico del campo de observación en el positivismo. El carácter de los países latinoamericanos, en cada caso, comenzó a ser percibido como una construcción histórica y cultural derivada de particularidades específicas irreductibles a una comparación de tipo lineal frente a los procesos históricos europeos.

José Enrique Rodó, por ejemplo, en el viraje que hace desde su postura positivista inicial, considera que la actividad vital del individuo en relación con la creación de ideas, valores y sentimientos estéticos es decisiva en la construcción de la cultura de los pueblos. Alejandro Korn, piensa, por su lado, en las posibilidades emancipatorias de la voluntad y la creatividad humanas, las cuales siempre permiten “construir nuevas formas de existencia material y espiritual” (Guadarrama, 2008b, p. 168). En este pensador se observa con mucha claridad la centralidad adjudicada a la subjetividad humana, por encima de los determinismos biologicistas en la producción histórica del ser humano (Guadarrama, 2008b).

Pero tal vez sea en la filosofía de José Vasconcelos donde se expresa con mayor fuerza la relación entre la concepción idealista e irracionalista de los antipositivistas y la construcción de una visión con pretensiones de autenticidad de los contextos culturales y sociopolíticos latinoamericanos. Desde una crítica al intelectualismo basada en los aspectos emotivos, pasionales y sentimentales del actuar humano, Vasconcelos propugnó por la reivindicación de los valores propios de las culturas indígenas mexicanas e iberoamericanas y les asignó una función “protagónica en la historia de las culturas” (Guadarrama, 2008b, p. 65), pues aquellas poseían la fuerza vital que serviría de crisol para la fusión de una sola raza: la raza cósmica (Silva, 2011). Estas ideas derivaron en una filosofía nacionalista de corte antiimperialista que inspiró a los movimientos políticos de las décadas del 30 y 40, una filosofía que buscó romper con tendencias europeas y poner en el centro del pensamiento mundial a las culturas originarias latinoamericanas:

Para superar el positivismo, se requiere crear una filosofía propia, pero que no deje de contribuir a la filosofía universal, aunque aclara [Vasconcelos] que, si esto no es posible, prefiere incurrir en la propuesta de una filosofía nacionalista e iberoamericana que caer en el error de una filosofía extranjera, europeizante o yanqui. (Silva, 2011, p. 276)

Aunque el campo de observación del antipositivismo construyó un objeto de reflexión con mayor adecuación a sus propios devenires y procesos, no puede olvidarse que la inspiración intelectual de este movimiento provino de algunas tendencias críticas de la modernidad, a saber, el espiritualismo de Henri Bergson y el irracionalismo de Friedrich Nietzsche. Sin decir que los pensadores antipositivistas tuvieron la pretensión de hacer una ruptura radical con el pensamiento europeo¹⁵, las visiones nacionalistas e indigenistas que derivaron del viraje hacia los procesos de la conciencia permanecieron en el límite de exterioridad de la episteme moderna, solo que adecuando el negativo del pensamiento occidental a las condiciones particulares de la configuración cultural latinoamericana.

Los pensadores de esta corriente filosófica tampoco se distanciaron radicalmente del positivismo, pues consideraban importantes algunos de sus aportes en la resolución de los problemas nacionales (Guadarrama, 2008b). Tuvieron, por otro lado, acercamientos con los postulados marxistas de reciente circulación y se preocuparon por la reflexión directa (no solo metafísica) de las relaciones entre las clases sociales y el Estado, el empobrecimiento de la población, los límites del capitalismo, la construcción

15. “En esos años de inicios de la década de los cuarenta se aprecia en el pensamiento de Vasconcelos cierta tendencia de mejor comprensión del lugar de la producción filosófica latinoamericana. Este hecho se vincula a una mayor preocupación por su parte acerca de la articulación del proceso emancipatorio entre lo nacional, lo continental y lo universal. Por eso, sostiene que la «liberación no se alcanza negando lo extraño, sino construyendo lo propio” (Guadarrama, 2008b, p. 90).

de culturas nacionales y las relaciones geopolíticas entre Estados Unidos y los países de América Latina (Fornet-Betancourt, 2001). En esto posiblemente influyó el curso de los hechos sociopolíticos en el subcontinente durante la primera mitad del siglo XX, a saber, la Revolución mexicana, la dinámica de los movimientos obreros, la ampliación del Estado intervencionista y, con ello, el desarrollo de formas populistas de incorporación sociopolítica (como son los casos de Juan Domingo Perón en Argentina, Lázaro Cárdenas en México y Getulio Vargas en Brasil).

Con relación a la adopción de la teoría marxista, el caso emblemático es el de José Carlos Mariátegui, pensador que radicaliza el campo de observación al reconocer que el punto de partida de las reflexiones teóricas debe ser la configuración de la realidad social latinoamericana –en este caso Perú–, en lugar de un conjunto de categorías adoptado acríticamente y aplicado de forma mecánica sobre dicha configuración (Fornet-Betancourt, 2011; Guadarrama, 2008b). A diferencia de los pensadores antipositivistas, que llegaron a la observación de las características propias de su objeto a partir de categorías del pensamiento fundadas en los procesos internos de la conciencia, el punto de partida de Mariátegui fueron las condiciones de existencia concretas de las clases sociales como manifestaciones de su esencia, una esencia marcada por la explotación como expresión del carácter real concreto de aquellas (Guarradama, 2008b).

En comparación con las tendencias del pensamiento anteriores, el carácter de lo latinoamericano (construcción de un objeto de observación) no se encuentra en la negación del pasado –con matices según el país de que se trate– para modificar las pautas morales y culturales de la población, ni tampoco en una esencia interna vital, sino en el reconocimiento de las relaciones socioeconómicas y políticas en las que se encuentran inmersas las poblaciones latinoamericanas. La resolución de los problemas observados en América Latina pasa, entonces, por la transformación de dichas relaciones y no por el modelamiento de la raza (positivismo) ni por su vitalismo creativo y emancipador (antipositivismo).

La adopción de la teoría marxista en José Carlos Mariátegui se observa como una inversión de la relación entablada por pensadores anteriores con las categorías del pensamiento europeo. Como ya se dijo, en lugar de un uso mecánico, de la recepción de una teoría acabada que se aplica sin reflexividad, Mariátegui buscó en el marxismo los elementos que podían servir de rejilla heurística en el análisis de la realidad latinoamericana y que, al mismo tiempo, pudieran ser recreados según este contexto social y político: en el *socialismo indoamericano* de este pensador, el marxismo es “un simple instrumento metodológico que, liberado de su ropaje teórico europeo, ayuda a analizar la propia realidad, a la vez que esta influye en él y lo transforma” (Fornet-Betancourt, 2011, p. 366).

Modernización, desarrollismo y dependencia.

En América Latina las ciencias sociales se institucionalizaron entre las décadas del 40 y el 60. El proceso de institucionalización implicó la expansión de centros de estudios disciplinares, la profesionalización de los practicantes de cada uno de ellos, la legitimación de las disciplinas como saberes de importancia estratégica para la sociedad y la conformación de una comunidad científica (Herrera y Low, 1994; Parra, 1993; Wallerstein, 2006). Durante este periodo el campo de observación adquirió una nueva configuración. La institucionalización implicó una observación metódica con aproximaciones empíricas más refinadas que las realizadas en los periodos anteriores. El pensamiento metafísico dejó su lugar a una forma empirista del conocimiento que buscaba medir y clasificar los hechos sociales, y derivar, a partir de allí, conclusiones sobre las situaciones sociales. La búsqueda de esencias latinoamericanas se abandonó para dar paso al análisis empírico de una situación concreta diagnosticada: el subdesarrollo latinoamericano.

La institucionalización de las ciencias sociales en América Latina fue un proceso afinado en un conjunto de prácticas, discursos, instituciones, geopolíticas y políticas públicas denominado desarrollismo, el cual se formó a partir de la finalización de la Segunda Guerra Mundial y consistió en una estrategia de expansión e integración de mercados que tuvo como centro los Estados Unidos (Díaz, 2008; Escobar, 1996; Wallerstein, 2006). Esta estrategia implicaba la identificación de condiciones favorables para que dicha integración mercantil fuera posible, es decir, consistió en la identificación de las causas por las cuales los países de América Latina, Asia y África tenían bajos niveles de crecimiento económico y altos niveles pobreza. En este diagnóstico las ciencias sociales debían tener un papel fundamental.

En palabras de Escobar (1996), el desarrollismo se fundamenta en las siguientes premisas:

La premisa básica era la creencia del papel de la modernización como única fuerza capaz de destruir supersticiones y relaciones arcaicas, sin importar el costo social, cultural y político. La industrialización y la urbanización eran consideradas rutas progresivas e inevitables hacia la modernización. Solo mediante el desarrollo material podría producirse el progreso social, cultural y político. Esta opinión determinó la creencia de que la inversión de capital era el elemento más importante del crecimiento económico y el desarrollo. El avance de los países pobres se concibió entonces, desde el comienzo, en función de grandes suministros de capital para proporcionar la infraestructura, la industrialización y la modernización global de la sociedad. (p. 86)

La teoría de la modernización, que a su vez estaba soportada en algunos postulados de la teoría funcionalista de Talcott Parsons (Joas y Knöbl, 2016)¹⁶, fue el sustento teórico de la estrategia desarrollista. Concebida como una narrativa histórica que buscaba competir con el historicismo marxista en relación con la explicación del capitalismo (Joas y Knöbl, 2016), la teoría de la modernización fue una concepción lineal y evolucionista del cambio económico y social que tomó como punto de referencia los niveles de crecimiento económico y los diseños institucionales (democracia liberal) de Estados Unidos. De este modo, modernizar significaba la superación de una serie de etapas necesarias mediante un conjunto de medidas que permitirían modificar dos aspectos de las sociedades latinoamericanas¹⁷: 1) pautas culturales tradicionales consideradas un obstáculo para la acumulación capitalista y el crecimiento económico, 2) estructuras institucionales no propicias para la estabilidad política.

Representantes de la adopción de este paradigma teórico fueron Gino Germani en Argentina y Orlando Fals Borda en Colombia. Estos pensadores adoptaron la teoría de la modernización para comprender la forma que tomaba (o debía tomar) el cambio sociopolítico y económico en América Latina. El primero de ellos comprendió que el cambio de una sociedad tradicional a una industrial en América Latina se producía de manera acelerada y que esto implicaba fuertes tensiones sociales y políticas. Ejemplo de esto fueron los regímenes populistas latinoamericanos durante las décadas del 30 y 40, que Germani analizó como una forma política particular de tránsito hacia la modernidad que acoplaba, a través de la persona del líder carismático, las desarticulaciones de las viejas solidaridades políticas. El populismo fue, entonces, una forma de incorporación política de nuevas clases sociales desatadas de antiguos lazos sociales y políticos (tradicionales) en el contexto de los procesos de industrialización y modernización.

En el análisis de estos cambios complejos y acelerados, Germani acuñó el concepto de “dualismo estructural” para denotar que los procesos de modernización en América Latina se desarrollaban bajo la coexistencia de estructuras tradicionales y modernas que mostraban asincronías y desajustes con relación a los derroteros típicos de la modernidad (Cortés, 2012). Por tanto, la modernización en América Latina era entendida por Germani no como un proceso lineal sin sobresaltos, sino como un *continuum* que,

16. La teoría de la modernización tomó prestada de Parsons su más refinada teoría de la acción basada en lo que el teórico llamó “variables de pautas”, consistentes en un conjunto de cinco parejas dicotómicas dentro de las cuales se podría identificar cualquier forma concreta de acción social. Estas parejas fueron interpretadas por los teóricos de la modernización como puntos o líneas de partida y de llegada a la modernidad. El primer término de las parejas fue relacionado con la idea de sociedades tradicionales (comunidades), mientras el segundo con la de sociedades modernas. Las parejas son las siguientes: 1) afectividad/neutralidad afectiva, 2) orientación colectiva/orientación individual, 3) particularismo/universalismo, 4) adscripción/logros, 5) indiferenciación funcional/especificidad funcional (Joas y Knöbl, 2016).

17. Las etapas son las siguientes: 1) sociedad tradicional; 2) precondition para el despegue; 3) proceso de despegue; 4) camino hacia la madurez; 5) sociedad de alto consumo masivo (Reyes, 2001).

entre los extremos (tipos ideales) de lo tradicional y lo moderno, podía tomar diferentes formas de transición (Cortés, 2011). En este sentido, el populismo fue una de estas formas.

Con una perspectiva un tanto diferente a la de Germani, Orlando Fals Borda asimiló el funcionalismo y la teoría de la modernización como marco explicativo y de comprensión del cambio social –en este contexto de modernización– en pequeñas comunidades de tipo rural. Su estudio pionero *Campesinos de los Andes. Estudio sociológico de Saucio*, buscó observar y analizar empíricamente las permanencias y transformaciones de una comunidad rural colombiana que durante la década del 40 había experimentado la influencia de la impronta modernizadora¹⁸. Así expresaba Fals Borda el sentido de su estudio:

Esta transición, que lleva de la resignación a la insatisfacción, puede suscitar fácilmente en Colombia cualquiera de dos acontecimientos importantes: una lucha interna como resultado de los extremismos, por un lado, o la incorporación activa y ordenada de las grandes masas de su población rural al torrente avasallador de la vida nacional.

En términos generales, este es el “problema campesino” de Colombia: el atraso actual y muy real en que se encuentran las zonas rurales (aspecto pasivo) más una creciente conciencia de ese atraso por parte de los campesinos, que está causando una transición (aspecto dinámico). (Fals, 2017, p. LIII)

Como estrategia geopolítica y paradigma teórico¹⁹, el desarrollismo provocó una nueva configuración del campo de observación de las ciencias sociales en América Latina. En relación con el objeto de observación, el proceso de institucionalización de las ciencias sociales –que vino de la mano del desarrollismo– favoreció un abordaje empírico y sistemático de la realidad latinoamericana, una ruptura epistemológica respecto de las formas de abordaje de los periodos anteriores (Jaramillo, 2017). Sin embargo, la indagación empírica, fundamentada en el uso de técnicas especializadas de construcción de datos, fue un ejercicio mediado y permeado por la exterioridad epistémica del paradigma teórico adoptado por la recién formada comunidad académica de las ciencias sociales latinoamericanas. Aunque, como ya se vio, Germani y Fals Borda hicieron una aplicación de dicho paradigma que dista de ser mecánica –recuer-

18. El paradigma funcionalista también fue incorporado por Fals Borda a sus estudios sobre las causas de la violencia en Colombia. Al respecto se puede consultar su estudio pionero *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social* (Guzmán et al., 1962).

19. La Alianza para el Progreso, programa de cooperación internacional diseñado por el gobierno de los Estados Unidos, ha sido considerada la expresión en América Latina de una estrategia geopolítica fundada en el desarrollismo (Rojas, 2010).

dese la categoría de dualismo estructural de Germani y las tensiones identificadas por Fals Borda en la ruralidad colombiana–, no puede desconocerse que las condiciones geopolíticas e institucionales en cada país de recepción de la estrategia y del paradigma teórico²⁰ constituyeron el ámbito de acción de una formación discursiva dentro de la cual se construyó, definió y nombró un objeto específico, es decir, el subdesarrollo (Díaz, 2008; Escobar, 1996):

El discurso del desarrollo definía un campo perceptual estructurado mediante marcos de observación, modos de interrogación y registro de problemas, y formas de intervención; en síntesis, creó un espacio definido no tanto por el conjunto de objetos con el que estaba relacionado, sino más bien por un conjunto de relaciones y una práctica discursiva que producía sistemáticamente objetos, conceptos, teorías y estrategias relacionados entre sí. (Escobar, 1996, p. 91)

Frente a la exterioridad epistémica de la teoría de la modernización las reacciones llegaron desde la misma comunidad académica latinoamericana, acto reflexivo que comenzó a modificar nuevamente el campo de observación. A los trabajos de Gino Germani, por ejemplo, se les objetó un supuesto olvido de los contextos históricos de América Latina y la concepción de un punto ideal, deseable, de llegada al desarrollo (Cortés, 2012). Por su parte, Fals Borda reconoció las limitaciones del desarrollismo como enfoque de análisis y de acción respecto al cambio dirigido de las sociedades latinoamericanas, al mismo tiempo que comenzó a avizorar nuevos caminos de reflexión y teorización. Con relación a la crisis latinoamericana observada por las ciencias sociales en aquella época, Fals Borda (2009) afirmaba lo siguiente:

Hay por lo menos dos tipos de problemas políticos que parecen estar en el meollo de la cuestión. Ellos son:

Las limitaciones del reformismo (o desarrollismo) y sus campañas, que, aunque bien intencionadas a veces, no han inducido sino cambios marginales en la sociedad. Como ésta, a pesar de todo, se sigue desorganizando, la crisis exige ahora soluciones más integrales y significativas de tipo estructural.

La revelación de los mecanismos propios de una dominación bastarda y de una inicua explotación, lo que lleva a concebir la posibilidad de cortar los vínculos coloniales internos y externos en que ellas se basan, suscitando el enfrentamiento en unos, y en otros la represión violenta. (p. 222)

20. En el caso de Colombia estas condiciones están representadas por la relación entre la Alianza para el Progreso, el Frente Nacional y la fundación de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional (Jaramillo, 2017; Rojas, 2010).

La teoría de la dependencia en la década del 60 fue el lugar desde donde se expresaron las críticas a las interpretaciones de la realidad latinoamericana basadas en la teoría de la modernización. En este nuevo abordaje teórico se observa un desplazamiento de la mirada de las ciencias sociales, un distanciamiento con relación a la exterioridad epistémica del paradigma dominante durante años anteriores, pues al proponer una explicación relacional del subdesarrollo por factores exógenos como alternativa a la explicación por factores endógenos propuesta por la teoría de la modernización, los pensadores latinoamericanos se acercaron a una construcción teórica caracterizada por una mayor autonomía respecto al paradigma teórico de las ciencias sociales norteamericanas.

El diagnóstico empírico sobre el que se basó la crítica a la teoría de la modernización fue la constatación de que la economía latinoamericana se había fortalecido durante los periodos de las dos guerras mundiales y durante la crisis económica de 1929, pues al disminuir la capacidad productiva de Estados Unidos y de los países de la Europa industrializada, se redujeron también las importaciones en los países de América Latina en una especie de “proteccionismo espontáneo” que favoreció el desarrollo de las industrias nacionales (Dos Santos, 2002).

Este hecho condujo a Raúl Prebisch, economista argentino adscrito a la CEPAL, a postular la existencia de relaciones de dependencia entre las naciones del centro (industrializadas) y las de la periferia (no industrializadas) que condicionaban y estancaban el desarrollo económico de estas últimas. Para contrarrestar esta situación, Prebisch propuso la idea de “crecimiento hacia dentro” mediante una política de sustitución de importaciones (Cortés, 2012), la cual debía estar basada en un control de la tasa de cambio, el fortalecimiento del Estado como motor del desarrollo económico, la regulación de la entrada de capitales extranjeros mediante el diseño de planes de desarrollo nacionales, el mejoramiento de la demanda interna y medidas gubernamentales de corte proteccionista (Reyes, 2001).

Los teóricos de la dependencia tomaron como base los aportes de Prebisch radicalizando los términos “centro” y “periferia” con la incorporación de categorías neomarxistas al análisis económico (Escobar, 1996), con lo cual los ideales de emancipación y revolución social lograron colocarse en el centro de la agenda académica de las ciencias sociales. Con la propuesta de un desarrollo impulsado por una revolución social, la teoría de la dependencia de corte neomarxista dejaba a un lado la idea de la burguesía nacional como agente articulador de aquel, pues dicha clase social, tal como lo expresaban Enzo Faletto, Fernando Enrique Cardoso y Teodoro Dos Santos, se encontraba en una situación de dependencia que la hacía replegarse estratégicamente al capital internacional (Dos Santos, 2002), lo que configuraba, finalmente, en palabras de Gunter Frank, una forma de colonialismo interno.

Los pensadores latinoamericanos de la dependencia aportaron categorías teóricas novedosas que modificaron el campo de observación de las ciencias sociales. Sin embargo, como observa Escobar (1996; 2014), el objeto de la crítica realizada desde la teoría de la dependencia fue el capitalismo y no el desarrollo –que se lograría con la revolución social y el estado socialista–, lo que mantuvo a los teóricos de la dependencia dentro del espacio discursivo desarrollista, por lo que, si bien se distanciaron de la exterioridad epistémica de la teoría de la modernización, no lograron entablar una relación con su objeto de observación que no estuviera permeada por dicha episteme:

Pese a que conceptos como la dependencia y el intercambio desigual eran novedosos, el espacio discursivo en el que se movían no lo era. Pero, dado que funcionaban dentro de un sistema regido por un conjunto diferente de reglas (el de la economía política marxista, en el cual conceptos como el capital y la ganancia determinan una práctica discursiva distinta), constituyen –en su carácter de estrategias discursivas– un desafío a los esquemas dominantes. En resumen, aunque no representaron una alternativa al desarrollo, conformaron una visión diferente de él, así como una importante crítica a la economía burguesa del desarrollo. (Escobar, 1996, p. 163)

Dictadura y democratización.

La instauración de dictaduras militares en América Latina a partir de la década del 60 produjo un desplazamiento del objeto de observación y una construcción teórica que se enunció a una distancia relativa de la exterioridad epistémica, lo que le permitió crear conceptos que sirvieron como rejillas para la comprensión de los procesos políticos en el subcontinente. Por otro lado, y en relación con lo anterior, la teorización crítica de los problemas del desarrollo perdió centralidad en las ciencias sociales y fue reemplazada por una visión en la que se privilegió la eficiencia de la asignación de los recursos desde un enfoque tecnocrático como fundamento del bienestar social.

Los gobiernos autoritarios y la posibilidad de transiciones hacia la democracia constituyeron el objeto de observación de las ciencias sociales en el contexto del creciente número de dictaduras en América Latina. Guillermo O'Donnell desarrolló la idea del *autoritarismo burocrático* para denotar dichos regímenes como sistemas políticos excluyentes, no democráticos y caracterizados por una coalición en el poder conformada por una clase social y política de tecnócratas militares y civiles. Los regímenes burocráticos autoritarios habían sucedido a los gobiernos populistas de décadas anteriores, los cuales se diferenciaban de los anteriores por su carácter incluyente y por la conformación de una coalición multiclasista entre la élite industrial y el sector popular urbano (Collier, 1985).

La explicación que ofrece O'Donnell acerca del paso de los regímenes populistas a los burocráticos autoritarios se fundamenta en las tensiones generadas por la creciente industrialización, el dinamismo político de los sectores populares y la emergencia de roles profesionales tecnócratas. La satisfacción del mercado de bienes de consumo durante los periodos populistas condujo a una restricción de la expansión industrial que llevó a las élites hacia una política ortodoxa de austeridad, que al mismo tiempo fragmentó la coalición entre ellas y los sectores populares. Estos últimos, de gran capacidad movilizadora e incidencia política adquirida durante el periodo populista, resistieron y desafiaron las reformas, lo que finalmente derivó en una "coalición golpista" entre grupos de tecnócratas y militares que vieron en los movimientos populares un obstáculo al crecimiento económico (Collier, 1985).

El análisis de O'Donnell sobre los gobiernos autoritarios se distancia notablemente de la clásica relación positiva, tan propia de la teoría de la modernización, entablada en décadas anteriores entre modernización y democracia. Las constataciones empíricas de este pensador sobre los gobiernos autoritarios lo llevaron a replantear la secuencia lineal de las etapas modernizadoras y a formular la tesis según la cual niveles altos de industrialización en América Latina se vincularon con políticas no democráticas y excluyentes.

La categoría *autoritarismo burocrático* expresó un distanciamiento con la exterioridad epistémica de la teoría de la modernización que permitió construir un objeto de observación descrito por sus propios procesos internos, sin deducciones mecánicas ni caracterizaciones impuestas. Sucede igual con las categorías *transición*²¹, *liberalización*²² y *democratización*²³, con las cuales O'Donnell observó las formas particulares que tomaron los procesos democráticos en América Latina, donde la liberalización se realizó sin que ello hubiera conducido a necesariamente a procesos de democratización consolidados (Toppi, 2018).

-
21. "Las transiciones están delimitadas, de un lado, por el inicio del proceso de disolución del régimen autoritario, y del otro, por el establecimiento de alguna forma de democracia, el retomo a algún tipo de régimen autoritario o el surgimiento de una alternativa revolucionaria. Lo característico de la transición es que en su transcurso las reglas del juego político no están definidas" (O'Donnell *et al.*, 1994, p. 21).
 22. "Hemos denominado «liberalización» al proceso de redefinir y ampliar los derechos [...]. Entendemos por liberalización el proceso que vuelve efectivos ciertos derechos, que protege a los individuos y grupos sociales ante los actos arbitrarios o ilegales cometidos por el Estado o por terceros" (O'Donnell *et al.*, 1994, p. 20).
 23. "[...] la democratización está referida a aquellos procesos en que las normas y procedimientos de la ciudadanía son, o bien aplicados a instituciones políticas antes regidas por otros principios (p. ej., el control coactivo, la tradición social, el juicio de los especialistas o las prácticas administrativas), o bien ampliadas de modo de incluir a individuos que antes no gozaban de tales derechos y obligaciones (p. ej., las personas que no pagan impuestos, los analfabetos, las mujeres, los jóvenes, las minorías étnicas y los residentes extranjeros) o para abarcar problemas e instituciones que antes no participaban de la vida ciudadana (p. ej., organismos del Estado o militares, organizaciones partidarias, asociaciones de intereses particulares, empresas productivas, entidades educativas, etc.)" (O'Donnell *et al.*, 1994, p. 23).

La idea de *democracia delegativa* permitió diferenciar las nuevas democracias latinoamericanas –es decir, aquellas derivadas de procesos transicionales– de las democracias llamadas representativas típicas de occidente, que eran tomadas como punto de referencia y que cumplían las condiciones de la famosa poliarquía de Robert Dahl. Dicha clase de democracia se caracterizaba por una primera transición desde regímenes autoritarios que se complementaba con una segunda transición (la llamada *dobles transición*), es decir, consistía en un proceso de profundización democrática que ampliaba el marco de los derechos civiles y los pactos políticos más allá del simple retorno electoral:

Es este paso lo que permitiría llegar a la poliarquía tal como la entendió Robert Dahl. No obstante, el paso de la primera a la segunda transición no era automático, por lo que no había garantía de que el resultado final fuese el de una poliarquía, sino, tal vez, el de un tipo de democracia diferente. (Toppi, 2018, pp. 14-15)

Con el concepto de *democracia delegativa* las ciencias sociales latinoamericanas disputaron al de *poliarquía* el lugar central que este último había tomado en la comprensión de los procesos democráticos, lo que expresa un distanciamiento de los científicos sociales latinoamericanos respecto de la exterioridad epistémica de la teoría social norteamericana. Los conceptos construidos por O'Donnell, en compañía de Philippe Schmitter, fueron construcciones adecuadas al objeto de observación, en este caso a un ejercicio del poder muy distinto del ejercido en las democracias poliárquicas y que era producto de procesos internos de las sociedades latinoamericanas.

Esta adecuación entre teoría y objeto se produjo como un desplazamiento del campo de observación con relación a la que había sido la preocupación fundamental de las ciencias sociales latinoamericanas durante décadas anteriores: la incorporación sociopolítica, la pobreza y el desarrollo. Ahora, la preocupación fue la ciudadanía política y los sistemas políticos democráticos, y el desarrollo –como ya se comentó más arriba– desapareció del campo de observación de los científicos sociales latinoamericanos y se ubicó en el campo del paradigma dominante de la economía neoclásica. Se ganó, entonces, en construcción teórica y comprensión empírica, pero se perdió uno de los objetos fundacionales de las ciencias sociales latinoamericanas²⁴.

24. Este repliegue de la intelectualidad latinoamericana en los problemas de las transiciones democráticas fue el correlato del despliegue teórico de los enfoques neoclásicos de la economía fundados en perspectivas monetaristas. Los problemas relacionados con el desarrollo y el Estado fueron redefinidos en términos de la *rational choice*, del comportamiento de los mercados y de la asignación eficiente de los recursos públicos a través de políticas públicas focalizadas.

La decolonialidad.

El pensamiento decolonial surge como una apuesta teórica –y política– con la pretensión de lograr una adecuación radical entre objeto y teoría, una transformación profunda del campo de observación de las ciencias sociales históricamente atravesado por la exterioridad epistémica de la modernidad europea. En diálogo crítico con varios enfoques teóricos contemporáneos (postcolonialismo, postestructuralismo, estudios culturales, estudios de la subalternidad, teoría crítica latinoamericana, marxismo), la teoría decolonial busca constituirse como un “*paradigma otro* emergente desde la diferencia colonial” (Restrepo y Rojas, 2010, p. 20), que construya un lenguaje nuevo con capacidad heurística diferente del viejo lenguaje de las ciencias sociales y que se sitúe en la frontera de la modernidad, articulándose con otredades epistémicas no occidentales (Castro-Gómez y Grosfoguel, 2007; Domingues, 2015).

La idea de una colonialidad global –posterior al colonialismo– como un patrón histórico de poder que entrelaza la explotación capitalista del trabajo, la producción de subjetividades e identidades jerarquizadas y la producción de conocimiento, constituye el núcleo de la teoría decolonial (Castro-Gómez y Grosfoguel, 2007; Quijano, 2000). Modernidad y colonialidad son entendidas como partes constituyentes de un mismo proceso en el que se jerarquiza el conocimiento y se universalizan categorías a partir de las cuales son asignadas ontologías, lugares y actividades específicas a las poblaciones latinoamericanas dentro de un patrón de poder global.

La crítica al eurocentrismo en la teoría decolonial es la crítica al uso de marcos analíticos compuestos por conjuntos de categorías dicotómicas (Floriani, 2015), los cuales se presentan como el producto de la colonialidad del saber. La teoría decolonial busca construirse en la antípoda de la exterioridad epistémica de las ciencias sociales eurocéntricas, radicalizando la interioridad epistémica con la creación de categorías no jerarquizadas que se relacionen con el objeto de observación de forma dialéctica y no analítica –como usualmente lo hacen las ciencias sociales²⁵–, razón por la cual la interacción con epistemes otros (como prácticas tradicionales y acciones colectivas de resistencia) es un elemento crucial para ella. Desde este punto de vista el objeto de observación no es construido por la teoría, sino que tanto aquel como esta última se construyen en la mutua implicación o interpelación que desarrollan en diferentes momentos de la acción política.

La teoría decolonial podría presentarse como el momento de máxima reflexividad de la intelectualidad latinoamericana, un momento que define el campo de observación como una síntesis relacional entre objeto de observación y categorías del pensamiento. Sin embargo, dicha reflexividad profunda está sujeta a críticas. Por ejemplo, se objeta su

25. La dupla desarrollo/subdesarrollo sería un ejemplo de categorías jerarquizadas.

análisis crítico centrado únicamente en los aspectos opresivos de la modernidad desconociendo su dimensión emancipatoria, así como un exceso retórico que no proporciona herramientas analíticas que apoyen heurísticamente procesos de investigación empírica: “Por supuesto, no es que los problemas planteados no sean importantes, [pero] otras respuestas son necesarias, en términos de cómo comprendemos el conocimiento y las categorías para el análisis social” (Domingues, 2015, p. 100).

Se propone, entonces, vincular los esfuerzos de construcción de teoría crítica latinoamericana con las críticas del pensamiento europeo a la razón instrumental, con las reelaboraciones que buscan dar vigencia actual al marxismo, con los enfoques sociales de la geografía y con las discusiones sobre las relaciones micro/macro, actor/agencia, sistema/estructura (Preciado, 2016). Adicional a esto, también se propone realizar esfuerzos para construir una teoría de la modernidad global que recoja distintas tradiciones teóricas, “con el fin de incluir, en el seno de una misma articulación conceptual, los elementos universales y particulares que caracterizan los giros y procesos de modernización que se vienen dando en todo el planeta” (Domingues, 2015, p. 102).

¿Cómo se puede definir, entonces, el campo de observación de las ciencias sociales latinoamericanas en la actualidad? El campo de observación es una relación que fluctúa, que se expande y se contrae dependiendo la dirección, intensidad y fuerza de variables como la acción colectiva, los regímenes políticos y los modelos económicos imperantes. Lo que parece claro es que lo ganado con la radicalización de la adecuación entre objeto y categorías del pensamiento, es decir, con la interioridad radical, debe ponerse en juego con las posturas más críticas de la exterioridad occidental, aquellas que también han realizado rupturas epistemológicas y con las cuales se podrían construir conjuntos teóricos basados en lógicas relacionales. Exterioridad e interioridad son límites del campo de observación cuya frontera se desplaza de acuerdo con configuraciones históricas particulares.

3.2.3 REINSTITUCIONALIZAR LAS CIENCIAS SOCIALES

Los momentos de mayor integración entre las ciencias sociales y las sociedades latinoamericanas, tanto en la praxis como en lo teórico, tuvieron ocasión entre las décadas del 50 y 70. A partir de esta última se abrió una brecha progresiva entre aquellas, que comenzó con la emergencia de los gobiernos autoritarios y se profundizó con las reformas económicas estructurales durante la década del 90. Dicha relación entre ciencias sociales y sociedad puede verse como un proceso histórico descrito en términos de *institucionalización-desinstitucionalización-reinstitucionalización*.

La institucionalización de las ciencias sociales en América Latina durante las décadas del 50 y 60 se produjo en el contexto de una reestructuración estado-céntrica del poder (Cavarozzi, 1991), constituida por fenómenos políticos como el populismo, políticas públicas como la industrialización por sustitución de importaciones, estrategias geopolíticas como la Alianza para el Progreso y formaciones discursivas como el desarrollismo. La institucionalización de las ciencias sociales se produjo como resultado de la articulación particular entre cada uno de esos elementos en diferentes países latinoamericanos.

En el caso de Colombia, por ejemplo, dicho proceso puede comenzar a rastrearse a partir de 1936 con la fundación de la Escuela Normal Superior por parte del Gobierno nacional de la época. Creada como una institución cuyo fin consistía en formar pedagogos con *criterio social* y visión de nación (Herrera y Low, 1994), la Escuela constituye un punto de inflexión en la consolidación de las ciencias sociales como saber legítimo y reconocido en el país. A partir de ella, las disciplinas sociales (antropología, sociología, geografía, economía), sus teorías y métodos, penetraron el pensamiento colombiano al crear un campo intelectual cuyos miembros fueron artífices de la fundación de las primeras facultades de ciencias sociales en Colombia (Herrera y Low, 1994)²⁶.

Esta estrecha relación entre ciencias sociales y Estado, en la que este último definía la forma, contenido y fines de las primeras, se transformó en una relación de doble vía, de interpelación mutua, con la fundación de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia en 1959. Jaramillo (2017) ha acuñado la noción de *área de convergencia* para describir esa relación como “espacios de encuentros (y desencuentros), de negociaciones (y disensos) entre instituciones y agentes académicos, por un lado, y entidades y funcionarios gubernamentales, por otro” (p. 32). La Facultad de Sociología, para Jaramillo –y al igual que todos los departamentos de ciencias sociales creados en la época–, creció, se fortaleció y consolidó en dicha intersección con el Estado, pues las políticas desarrollistas requerían de los saberes sociales para poder ejecutarse en el territorio colombiano (y latinoamericano):

Estos saberes son redefinidos desde los intereses y objetivos propios del campo político y de los agentes estatales, así como según su propia racionalidad. A su vez, los académicos pueden transformar los marcos de análisis, intereses y proyección del Estado, al desempeñarse como asesores, consultores o incluso funcionarios de este. En esta interacción existe un espectro de posibilidades que va desde la cooptación de los expertos por las instituciones estatales hasta procesos de transacción entre aca-

26. Entre los egresados de la Escuela Normal Superior se encuentran Jaime Jaramillo Uribe, Darío Mesa, Virginia Gutiérrez y Roberto Pineda. Entre los profesores están Ernesto Guhl, Pablo Vila, Gregorio González de Alba, Jorge Zalamea, Germán Arciniegas y Luis Eduardo Nieto Arteta.

démicos y funcionarios estatales, que pueden derivar tanto en acuerdos coyunturales como también en divergencias que algunas veces pueden culminar en mutuos cuestionamientos y rupturas. (p. 204)

De este modo, las áreas de convergencia favorecieron no solo la institucionalización de las ciencias sociales, sino también su profesionalización, es decir, la posibilidad, por parte de la sociedad, de especializar individuos en un área del conocimiento y de asignarles un estatus social y económico específico según el oficio que desarrollan (Herrera y Low, 1994). Para el caso de América Latina, desde una visión de conjunto, y aunque en cada país las áreas de convergencia tomaron una forma particular, se puede tomar a la CEPAL (y al programa ILPES), así como a la FLACSO, como ejemplos de intersección entre facultades de ciencias sociales e instituciones regionales latinoamericanas (Valdés, 2015), pues en estas últimas los profesionales de las ciencias sociales encontraron un espacio de acción en el cual pudieron poner a prueba teorías, métodos y propuestas de reforma social.

En Colombia, las áreas de convergencia comenzaron a fracturarse con las críticas teóricas y políticas que desde el marxismo se hicieron a las posturas desarrollistas del Estado. Los estudios empíricos de comunidades fueron abandonados y se privilegiaron visiones que usaban la idea de totalidad marxista para dar cuenta del conjunto de las estructuras sociales, de igual manera que en los planes de estudio se incorporaron de forma predominante los estudios teóricos clásicos (Durkheim, Weber, Marx): “El funcionalismo dejó de ser la sociología y el marxismo y la teoría crítica surgieron, entre otros, como los marcos de referencia más adecuados para explicar los vacíos del empirismo y las limitaciones de los estudios microsociológicos” (Cataño, 2005, p. 61).

En los demás países de América Latina, a la crítica marxista del desarrollo sucedió la emergencia de gobiernos autoritarios y el inicio de la primera generación de reformas económicas neoliberales. Durante este periodo se profundizó la fractura de las áreas de convergencia, pues muchos de los intelectuales latinoamericanos tuvieron que exiliarse a países como México donde instituciones como FLACSO y el Colegio de México les ofrecieron un ámbito de desarrollo profesional, aunque ya lejos de la estrecha relación con el Estado (Valdés, 2015).

La desinstitucionalización de las ciencias sociales en América Latina, que puede definirse como la pérdida de su valor estratégico para el Estado y de su valor simbólico (legitimidad) para la sociedad, se hizo aún más radical durante la consolidación del neoliberalismo con la segunda generación de reformas estructurales. A partir de entonces, los profesionales de las ciencias sociales que no se refugiaron en la academia, se vincularon al Estado y sus programas sociales focalizados desde una función tec-

nocrática, alejados de la investigación y sometidos a jerarquías y reglas de funcionamiento burocrático (Jimeno, 1984). Por otro lado, actualmente, las expectativas de los profesionales ya no están relacionadas con su formación como *intelectuales públicos*, sino con su vinculación laboral ya sea en el Estado, ONG, empresas o fundaciones: “Pensar su labor orientada hacia el mercado o hacia el Estado no es un asunto que los conflictúe, sino más bien el horizonte de sus deseos” (Restrepo, 2015, p. 103).

Intentos de reinstitucionalización de las ciencias sociales en las actuales condiciones de producción de conocimiento se realizan por parte de instituciones/redes como CLACSO, que fundada en 1967 fue objeto de los procesos de desinstitucionalización en América Latina a partir de la década de 1970. Emir Sader (2008) comenta cómo el giro de la intelectualidad latinoamericana hacia los procesos de democratización, producto del vacío dejado por la crisis del desarrollismo como paradigma hegemónico, se vivió más como una decepción que como una oportunidad de reestructuración de las ciencias sociales, pues el diagnóstico final indicó que la democratización no condujo a cambios estructurales en las sociedades latinoamericanas y que las condiciones de explotación se hicieron más profundas con la convivencia entre regímenes políticos liberales y modelos económicos neoliberales²⁷.

A pesar de la hegemonía de los modelos teóricos neoclásicos de la economía, dice Sader (2013), los movimientos sociales latinoamericanos que emergieron como respuesta al neoliberalismo, y los nuevos gobiernos progresistas que apoyados en aquellos promovieron procesos de integración regional, significaron una oportunidad real de reposicionamiento de las ciencias sociales desde el pensamiento crítico. El acercamiento de la intelectualidad latinoamericana a los movimientos sociales puede entenderse como un área de convergencia en constante construcción, que no pasa por las instituciones estatales, pero que tiene como último fin la interpelación al Estado desde las formas de protesta social:

Los nuevos procesos políticos en el continente apuntan a eso: a rearticular las fuerzas sociales con nuevas formas de hacer, de constituir, de organizar la esfera política. Apuntan a la superación de la dicotomía reforma/revolución, incorporando rebeliones populares que desembocan en salidas políticas, pero que no se resignan a transformar la sociedad con los antiguos instrumentos de poder de las élites, sino que buscan refundar el Estado. (Sader, 2008. p. 19)

Esta área de convergencia ha permitido a los investigadores latinoamericanos plantear problemas, desarrollar propuestas empíricas y emprender nuevas avanzadas teóricas. Sin embargo, en las actuales condiciones globales del poder y del conocimiento

27. Esta es la perspectiva de O’Donnell (2011) y Schmitter (2011).

se podría cuestionar el alcance de un área de ese tipo restringida solamente a la región latinoamericana, e incluso se cuestionaría la misma noción de pensamiento crítico latinoamericano: ¿Cuál sería la pertinencia de un área de convergencia tal, cuando la noción de Estado nacional se ha descentrado y los intercambios de capital y de información, así como los flujos de personas, se desarrollan a escala transcontinental?

Desde CLACSO dicha cuestión se ha buscado resolver mediante la construcción de una perspectiva de intercambio académico y político de tipo Sur-Sur (¿acaso una nueva noción articuladora?), que busca posicionar a los intelectuales latinoamericanos como “críticos globales” tanto de las sociedades transcontinentales subalternas como de las hegemónicas (Gentili, 2014)²⁸. Un área de convergencia global así constituida implica no solo el flujo dinámico de conocimiento, sino también el desplazamiento mutuo de las fronteras epistémicas entre distintos lugares del sur.

A pesar de lo anterior, el diálogo Sur-Sur no incorpora la producción académica realizada en el Norte, que encerrada en un campo intelectual autorreferenciado y dominada por la figura del autor-individuo (Restrepo, 2015), no se ve forzada a traspasar sus fronteras epistémicas. Aunque el horizonte de acción del diálogo Sur-Sur sea también interpelar a dicho campo intelectual promoviendo, por ejemplo, el acceso libre a las publicaciones como una apertura estratégica a otras formas de conocimiento (Gentili, 2014)²⁹, las visiones que se forman desde el Norte sobre América Latina permanecen clausuradas frente a cualquier posibilidad de interlocución con otros campos intelectuales o acciones desde la sociedad.

Lo anterior pone en cuestión la existencia (y el deseo) de un área única de convergencia que permita reinstitucionalizar las ciencias sociales en América Latina, pues como ya se comentó, la geopolítica actual del conocimiento impide la integración de distintos campos intelectuales. Por otro lado, también puede cuestionarse si el movi-

28. “Aspiramos desde CLACSO –y, en particular, desde Crítica y Emancipación– a que los/as intelectuales latinoamericanos/as no sólo sean capaces de reflexionar críticamente sobre su región sino también sobre el mundo y sobre las grandes cuestiones globales. Una evidencia del colonialismo académico que nos imponen y que nos impregna capilarmente, es el hecho de que los latinoamericanos sólo podemos escribir sobre nosotros mismos y nunca sobre los otros, o sobre los problemas que aquejan a buena parte de la humanidad, cuyos analistas suelen ser, como es habitual, interpretes del mundo desarrollado que escriben y analizan absolutamente todos los asuntos, asumiendo denominaciones y etiquetas que, por sí mismas, parecerían legitimar su saber: africanistas, latinoamericanistas, indianistas, rusólogos o chinólogos” (Gentili, 2014, p. 13).

29. “El desarrollo del acceso abierto para las revistas académicas de calidad ha puesto a América Latina y el Caribe en el liderazgo mundial de un concepto político y ético de enorme valor democrático y casi siempre olvidado en los centros académicos norteamericanos o europeos que se pretenden en las fronteras de la producción científica de las ciencias sociales y las humanidades. Se trata de pensar que el conocimiento es un bien común y que la producción académica de nuestras universidades y centros de investigación debe estar disponible para todo aquel que quiera consultarla, leerla, estudiarla y no sólo a los que pueden pagar por ella” (Gentili, 2014, p.13).

miento social es el único actor válido para una revitalización de las ciencias sociales. Por esta razón, tal vez sea más pertinente preguntarse por la posibilidad de distintas áreas de convergencia y de múltiples actores sociales con los cuales las ciencias sociales puedan dialogar. Por ejemplo, vale la pena imaginar si los medios de comunicación podrían constituirse en un área de convergencia donde ciencias sociales y distintas formas de ciudadanía puedan negociar sus fronteras epistémicas. Pero esto es solo un ejemplo. Por ahora es mejor terminar con la pregunta formulada por Rodolfo Stavenhagen (2014): “¿Existe la necesidad o la posibilidad o la conveniencia de seguir buscando o construyendo una ciencia social propia de América Latina?” (p. 16).

CONCLUSIONES

La posibilidad de construir una ciencia social en América Latina que integre preguntas, problemas, conceptos, métodos y visiones del mundo está condicionada por la relación entre la existencia de nociones articuladoras, la configuración del campo de observación y las dinámicas de reinstitucionalización. Con relación al primero de estos aspectos, una noción que articule e integre las ciencias sociales en América Latina se muestra como una imposibilidad dada la escisión entre acción política y teoría, lo que ha conducido a una gran diversidad temática por la cual transitan, de manera dispersa, los investigadores sociales latinoamericanos.

Sobre el campo de observación, segundo aspecto nombrado, su configuración actual está dada como una radicalización de la identidad entre teoría y objeto de observación, una recuperación profunda del objeto que ha permitido la construcción de categorías de pensamiento propias. Sin embargo, el pensamiento latinoamericano “se enfrenta al desafío de responder al mismo tiempo a su especificidad y mejores tradiciones tanto como a su inserción en los debates universales de las ciencias sociales en general” (Preciado, 2016, p. 2). Por esta razón, el pensamiento latinoamericano que se ubica en la pura interioridad del campo de observación, se ve impelido a desplazarse hacia la exterioridad de este último mediante un movimiento reflexivo que evita toda actitud puramente deductiva con relación a las categorías del pensamiento europeo. Las ciencias sociales latinoamericanas deben evitar todo repliegue en cualquiera de los límites del campo de observación, y comprender este último como un espacio en el que la interdependencia entre acción colectiva, régimen político y modelo económico inciden en la relación entre teoría y objeto y en las decisiones que se toman en los campos intelectuales acerca de los modelos teóricos que adoptan.

El tercero de los aspectos, las dinámicas de reinstitucionalización, muestra que el Estado no puede ser el actor político estratégico en la constitución de áreas de convergencia, y que la articulación entre ciencias sociales y el movimiento social como único actor social no es suficiente, pues con ello se estarían dejando por fuera otras expresiones (colectivas e individuales). Parece más conveniente, entonces, hablar de áreas múltiples donde converjan distintos actores sociales y políticos y plurales perspectivas teóricas y temáticas.

Si la despolitización de las ciencias sociales, aquella dislocación entre teoría y sociedad, coincide con la desestructuración de su área de convergencia, una repolitización que reconozca diferentes formas de vida (no solo a los movimientos sociales) tendrá que ser coherente con la construcción de múltiples áreas de convergencia y con un campo de observación cuya mirada no se repliegue en ninguno de los límites extremos, sino que fluctúe entre ellos de acuerdo con las condiciones sociopolíticas y epistémicas del momento.

REFERENCIAS

.....

Alexander, J. (2008). *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*. Editorial Gedisa.

Arias, J. (2007). *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racismo y taxonomías poblacionales*. Universidad de los Andes.

Camacho, S. (2010). Estudio de la sociología. Discurso. En *Universidad Nacional de Colombia, Cien años de la sociología en Colombia [1882-1982]* (pp. 27-68). Universidad Nacional de Colombia.

Castro-Gómez, S. (2005). *La hybris del punto cero*. Pontificia Universidad Javeriana.

Castro-Gómez, S. y Grosfoguel, R. (2007). Prólogo. Giro decolonial, teoría crítica y pensamiento heterárquico. En S. Castro-Gómez y R. Grosfoguel (eds.). *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (pp. 9-24). Siglo del Hombre Editores.

Cataño, G. (2005). *La sociología en Colombia*. Plaza y Janes.

Cavarozzi, M. (1991). Más allá de las transiciones a la democracia en América Latina. *Estudios políticos*, (74), 85-111.

Collier, D. (1985). Visión general del modelo burocrático autoritario. En D. Collier (comp.). *El nuevo autoritarismo en América Latina* (pp. 25-38). Fondo de Cultura Económica.

Cortés, A. (2012). Modernización, dependencia y marginalidad: itinerario conceptual de la sociología latinoamericana. *Sociologías*, (29), 214-238.

Díaz, D. (2008). Raza, pueblo y pobres: Las tres estrategias biopolíticas del siglo XX en Colombia (1873-1962). En S. Castro-Gómez y E. Restrepo (eds.). *Genealogías de la colombianidad. Formaciones discursivas y tecnologías de gobierno en los siglos XIX y XX* (pp. 42-69). Pontificia Universidad Javeriana.

Domingues, M. (2015). Proyecciones de la teoría sociológica en América Latina: descripción, análisis y diagnóstico de la modernidad. *Polis. Revista Latinoamericana*, (41). <http://journals.openedition.org/polis/10968>.

Dos Santos, T. (2002). *La teoría de la dependencia. Balances y perspectivas*. Ciudad de Plaza y Janés.

Escobar, A. (1996). *La invención del tercer mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Grupo Editorial Norma.

Escobar, A. (2014). El desarrollo (de nuevo) en cuestión: algunas tendencias en los debates críticos sobre capitalismo, desarrollo y modernidad en América Latina. En *Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre el desarrollo, territorio y diferencia* (pp. 25-67). Ediciones Uniaula.

Fals, O. (2009). La crisis, el compromiso y la ciencia. En *Una sociología sentipensante para América Latina. Antología* (pp. 219-252). CLACSO; Siglo del Hombre Editores.

Fals, O. (2017). *Campesinos de los Andes y otros escritos antológicos*. Universidad Nacional de Colombia.

Floriani, D. (2015). Las ciencias sociales en América Latina: lo permanente y transitorio, preguntas y desafíos de ayer y hoy. *Polis. Revista Latinoamericana*, (41). <http://journals.openedition.org/polis/11149>.

Fornet-Betancourt, R. (2011). La filosofía de la revolución y marxista. En E. Dussel, E. Mendieta y C. Bohórquez (eds.). *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y "latino" [1300-2000]* (pp. 362-376). Siglo XXI Editores.

Garretón, M. (2015). La recomposición de la triple vocación de la ciencia social en América Latina. *Polis. Revista Latinoamericana*, (41). <http://journals.openedition.org/polis/11173>.

Gentili, P. (2014). Pensar el mundo desde América Latina. *Crítica y emancipación*, 6(12), 11-18.

Guadarrama, P. (2008a). *Pensamiento filosófico latinoamericano: humanismo vs. Alienación* [Tomo I]. Fundación Editorial el perro y la rana.

Guadarrama, P. (2008b). *Pensamiento filosófico latinoamericano: humanismo vs. Alienación* [Tomo II]. Fundación Editorial el perro y la rana.

Guzmán, G., Fals, O. y Umaña, E. (1962). *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*. Ediciones Tercer Mundo.

Herrera, M. y Low, C. (1994). *Los intelectuales y el despertar del siglo. El caso de la Escuela Normal Superior, una historia reciente y olvidada*. Universidad Pedagógica Nacional.

Jaramillo, J. (2001). *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Alfaomega Grupo Editor.

Jaramillo, J. (2017). *Estudiar y hacer sociología en Colombia en los años sesenta*. Universidad Central.

Jimeno, M. (1984). Consolidación del Estado y antropología en Colombia. *Ciencia, tecnología y desarrollo*, 8(1-4), 5-25.

Joas, H. y Knöbl, W. (2016). *Teoría social. Veinte lecciones introductorias*. Ediciones Akal.

Magallón, M. y Escalante, J. (2011). El positivismo. En E. Dussel, E. Mendieta y C. Bohórquez (eds.). *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y "latino" [1300-2000]* (pp. 211-223). Siglo XXI Editores.

Martuccelli, D. (2014). *Sociologías de la modernidad. Itinerario del siglo XX*. Ediciones LOM; Universidad de Chile.

Martuccelli, D. (2015). Cartografía y horizontes de la sociología sobre América Latina. *Papeles del CEIC*, (114), 1-33.

Núñez, R. (2010). La sociología. En *Universidad Nacional de Colombia, cien años de la sociología en Colombia [1882-1982]* (pp. 93-120). Universidad Nacional de Colombia.

O'Donnell, G. (2011). La retrospectiva de Schmitter: algunas notas de desacuerdo. *POSTData*, 16(1), 27-31.

O'Donnell, G., Schmitter, P. y Whitehead, L. (1994). *Transiciones desde un gobierno autoritario. Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*. Paidós.

Parra, R. (1993). La sociología en Colombia, 1959-1969. En *Colciencias. Historia social de la ciencia en Colombia*. Tercer Mundo Editores.

Pena, M. (2011). El romanticismo y el liberalismo. En E. Dussel, E. Mendieta y C. Bohórquez (eds.). *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y "latino" [1300-2000]* (pp. 194-202). Siglo XXI Editores.

Pratt, M. (2010). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Fondo de Cultura Económica.

Preciado, J. (2016). Pensar las ciencias sociales desde América Latina ante el cambio de época. *Cuestiones de sociología*, (14). <http://www.cuestionessociologia.fahce.unlp.edu.ar/article/view/CSn14a03>.

Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En E. Lander (comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales* (201-246). CLACSO.

Restrepo, E. (2015). Retos actuales de las ciencias sociales en América Latina. *Mediaciones*, (15), 98-109.

Restrepo, E. y Rojas, A. (2010). *La inflexión decolonial: fuentes, conceptos y cuestionamientos*. Instituto Pensar.

Restrepo, G. (2002). *Peregrinación en pos de omega: sociología y sociedad en Colombia*. Universidad Nacional de Colombia.

Reyes, G. (2001). Principales teorías sobre el desarrollo económico y social. *Nómadas. Revista crítica de ciencias sociales y jurídicas*, (4), 125-142.

Rojas, C. (2001). *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*. Grupo Editorial Norma.

Rojas, D. (2010). La Alianza para el progreso en Colombia. *Análisis político*, 23(70), 91-124.

Runge, A. y Muñoz, D. (2005). El evolucionismo social, los problemas de la raza y la educación en Colombia, primera mitad del siglo XX: el cuerpo en las estrategias eugenésicas de línea dura y de línea blanda. *Revista Iberoamericana de Educación*, (39), 127-168.

Sader, E. (2008). Editorial. Dos momentos del pensamiento social latinoamericano. *Crítica y Emancipación*, 1(1), 9-20.

Sader, E. (2013). El estado de las ciencias sociales en América Latina y el Caribe. *Crítica y Emancipación*, 5(9), 11-22.

Schmitter, P. (2011). Veinticinco años, quince hallazgos. *POSTData*, 16(1), 11-15.

Silva, G. (2011). La filosofía antipositivista. En E. Dussel, E. Mendieta y C. Bohórquez (eds.). *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y "latino" [1300-2000]* (pp. 266-277). Siglo XXI Editores.

Stavenhagen, R. (2014). FLACSO, CLACSO y la búsqueda de una sociología latinoamericana. *Perfiles Latinoamericanos*, (43), 7-17.

Toppi, H. (2018). Guillermo O'Donnell y su aporte al desarrollo de la democracia en América Latina desde la tercera ola de democratización. *IUS*, 12(42), 9-28.

Valdés, X. (2015). Pensar la sociedad: temas, problemas, retos para las ciencias sociales. *Polis. Revista Latinoamericana*, (41). <http://journals.openedition.org/polis/11020>.

Wallerstein, I. (coord.) (2006). *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*. Siglo XXI Editores.